

No se trata de quién eres sino en las manos de quien estás

1 Samuel 17

¿Te puedes imaginar todo lo que Dios puede hacer por ti? A veces crees que lo que tienes y lo que quieres es lo mejor para ti, y de repente descubres que Dios tiene algo aún mejor para ti. Es más, de lo que puedes imaginar y lograr por tu cuenta.

Había un joven cuya familia no lo consideraba el mejor ni el más importante. De hecho, muchas veces la gente lo pasó por alto. Sin embargo, él fue fiel en el desempeño de sus tareas y siempre tuvo en su corazón hacer cosas que pudieran ayudar a los necesitados. Se le puede describir como valiente.

Cerca de su casa había una gran roca en lo alto de las montañas que parecía grande, hermosa, inaccesible y más fuerte que todas las demás rocas. Qué privilegio para esta enorme roca vivir en la alta montaña y ser admirada por todos aquellos que la ven desde lejos. Pero un día sucedió lo inesperado: esas cosas que crees que a ti nunca te van a pasar.

Ese día, la tierra tembló con tal fuerza que finalmente esta enorme roca fue destruida, quedando de ella muchas piedras ásperas y afiladas. Es difícil imaginar que esta enorme roca se haya convertido en piedras pequeñas e inútiles.

Durante mucho tiempo la gente admiró esa enorme roca, pero ahora era solo un montón de piedras. Quiero que te imagines cómo se sintió esta enorme roca, ahora destruida. No lo sé, pero ¿alguna vez has sentido que no valías nada y que los demás te consideraban duro y poco atractivo?

Durante un tiempo no pasó nada en la montaña donde se encontraba la roca, pero una tarde el cielo se oscureció. Una enorme lluvia comenzó a caer y generó un torrente de agua, que comenzó a fluir con tal fuerza que arrastró las piedras montaña abajo. Qué sorpresa se llevaron las piedras mientras rodaban montaña abajo y eran golpeadas por rocas más grandes, que también rodaban y caían encima de ellas. Nadie imaginaba su destino, mientras corrían río abajo hasta el valle que se podía ver desde la distancia.

Si esas piedras enormes hubiesen podido hablar habrían dicho: “Pequeñas piedras no estorben nuestro camino háganse un lado” Y si las piedras hubiesen podido hablar quizá hubiesen dicho: “no, ¿por qué caen sobre nosotras? Somos pequeñas y no nos podemos defender. Somos de la misma familia y el ser pequeñas no nos quita el valor.”

Lo que las piedras pequeñas no sabían es que cada vez que las piedras grandes las golpeaban su estructura cambiaba y se convertían en piedras pulidas. Piedras que eran más bellas y podían llegar más lejos en su viaje. Después de todo, se estaban transformando en algo mejor.

Lo más probable es que ya hayas estado en un río y hayas encontrado una de esas piedras pulidas, redondas y lisas. Quizás hayas tomado una de ellas en tu mano y te hayas acariciado la mejilla.

Muchas de estas piedras fluían río abajo debido a la fuerza de las corrientes de agua que se extendían muy lejos de donde estaban sobre la enorme roca. Terminaron en un lugar nuevo. El río las había llevado tan lejos que muchas estaban tristes por estar en un lugar nuevo. Quizá pensaron que triste es estar aquí, antes éramos parte de una gran roca, y ahora solo somos piedras pequeñas e insignificantes.

Posiblemente en salón de clases donde estudias o en el barrio donde vives te dijeron que no tienes valor y pensaste que habías perdido tu valor. Quiero que recuerdes algo: Eres especial y valioso a los ojos de Dios. No importa lo que estés pasando o lo que hayas experimentado en esta vida, Dios tiene un plan para restaurarte y darte valor. Él puede darte más de lo que puedes pensar o imaginar.

En la parte del río donde cayeron las piedras, estaba sucediendo algo que nadie jamás pensó, dos ejércitos estaban peleando. Era una época de sequía y el arroyo que fluía allí ahora estaba seco.

Mientras la guerra ardía, el miembro más joven de la familia había llegado a casa después de cuidar las ovejas durante varios días. Su padre le iba a dar una nueva responsabilidad: “Quiero que vayas al campo de batalla y veas cómo les va a tus hermanos. Lleva esta cesta de grano cocido y estos diez panes a tus hermanos en el campamento. Además, lleva estos diez trozos de queso para el oficial que supervisa el grupo de soldados de tus hermanos. Entonces ven y tráeme noticias de su condición. ¡Date prisa y vuelve! ¡No te demores!”

Ir al campo de batalla no fue fácil y para el pastorcillo sería una experiencia maravillosa. Lo emocionó porque nunca imaginó estar en el campo de batalla. Qué sorpresa fue llegar y ver a un soldado gigante gritándole al ejército de sus hermanos, diciéndoles que el Dios al que servían no podía librarlos. Para demostrarlo, les propuso un desafío: “Elijan a un hombre y mándenlo a pelear conmigo. Si me mata, él gana y los filisteos se convertirán en sus esclavos. Pero si yo lo mato a él, entonces yo gano y ustedes se convertirán en nuestros esclavos. ¡Ustedes tendrán que servirnos!» 1 Samuel 17:8-10.

Este joven al ver que nadie se movía preguntó quién era el soldado gigante. Lleno de celo por su Dios, el joven pidió luchar contra este soldado, no importaba su tamaño. Cuando uno de los soldados lo oyó, inmediatamente lo llevó ante el rey que dirigía el ejército. ¡Qué sorpresa! El rey quería darle todas sus armas para que pudiera luchar contra este gigante, pero el joven no podía manejar estas armas porque no estaba entrenado para luchar como un soldado. Pero él, mirando al rey, dijo: He peleado con mis propias manos contra un león y contra un oso, y los he derrotado. ¿Quién es este filisteo para que maldiga el nombre de Dios?

Al llegar al campo de batalla, el joven se acercó al gigante y le dijo: “Tú vienes a mí con espada, lanza y jabalina, pero yo vengo a ti en el nombre del Señor de los ejércitos, a quien maldices”.

La impactante sorpresa fue que el arma que portaba este niño era un instrumento de piel llamada honda, instrumento que se utiliza para lanzar piedras. ¿Sabes qué había en el arroyo? Por supuesto, las piedras que habían bajado de la montaña. El niño tomó cinco piedras de este arroyo seco y las metió en su bolso. El hombre que lo miraba se llenó de ira y le dijo: ¿Soy yo un perro, para que vengas a mí con palos? ¡Ven a mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo! 1 Samuel 17: 43-44

Las piedras nunca imaginaron lo que iba a pasar, una de ellas iba a ser elegida. Aunque, ellas tal vez pensaron que por ser pequeñas nadie consideraría elegir las para esta batalla. Las piedras pertenecían a la enorme roca, y habían recorrido una gran distancia. Sin darse cuenta, la continua exposición al sol durante el día y el frío de la noche las había convertido en piedras sólidas y duras. Todo lo que les había pasado a las piedras las había transformado, y ahora una de ellas estaba en las manos de un pastorcito. ¡Qué experiencia tan maravillosa!

De repente, la piedra fue colocada en la honda del pastor, quien comenzó a girar los brazos con fuerza. Muy rápidamente, la piedra voló por el aire. ¿Quién hubiera imaginado que esta pequeña piedra algún día volaría? Si hubiera podido hablar, tal vez habría dicho: “Mírenme. ¿Alguna vez han visto una piedra volar tan rápido? De repente, se detuvo. “¡Oh, no! ¡Otra vez humedad! ¡No, cualquier cosa menos eso! Ya no quiero vivir en la humedad”. Había vivido durante muchos años en este arroyo y quería estar en otro lugar.

Demos vida a la piedra por un momento y dejémosla hablar. Ella se llevó la sorpresa de su vida: este chico la había colocado justo en el objetivo, que era la frente de ese gigante. De repente, las piernas del soldado gigante se doblaron y él cayó al suelo ante la mirada sorprendida de ambos ejércitos. ¡Este pastorcito lo había derrotado! El ejército empezó a gritar: “¡Bravo! ¡Viva! ” ¿Sabes qué? La piedra pensó que los soldados la estaban felicitando y dijo: “Oh, finalmente sabes quién soy, por supuesto, vengo de una piedra grande, caminé varios kilómetros para llegar hasta aquí”. Para su sorpresa, la piedra se dio cuenta que no le gritaban a ella qué le gritaban al pastor de ovejas que había vencido al gigante.

Ahora la piedra entendió una cosa: ella no era la heroína de esta historia. La piedra no venció al gigante. La piedra nunca olvidará esta lección que aprendió y pensó: “Yo estaba allí, lista para estar en manos del héroe. Y ahí en sus manos logré hacer grandes cosas. Aquel joven me devolvió el valor que tenía cuando pertenecía a la gran roca”.

Esto me recuerda al niño que un día entró a una tienda con su padre y notó que había un letrero en un frasco enorme lleno de dulces que decía: “Meta la mano y tome dulces son gratis”. Para su gran sorpresa, el dueño notó que el niño no tomaba ningún dulce y, creyendo que no sabía leer, le dijo: “Niño, puedes tomar algunos dulces, son gratis”. El niño se volvió hacia su padre sin decir palabra y el dueño insistió: “Puedes llevarte algunos, son gratis”. El niño volvió a mirar a su padre, quien entendió que su hijo no estiraría la mano y tomaría unos dulces.

Entonces, el padre se acercó y sacó todos los dulces que pudo. De camino a casa, le preguntó al niño: “Hijo, ¿por qué no tomaste los dulces del tarro en la tienda si eran gratis?” A lo que el niño respondió: “Porque tu mano es más grande y podrías tomar más dulces para mí”.

Recuerda, cuando estás en manos de Jesús, Él puede darte más de lo que imaginas, y lo más hermoso es que te dará el valor que crees que has perdido.